

**JOSÉ RAMÍREZ ESPINOSA**

# **Condenada a la Soledad**

**Tleó  
2009**



*A todas las personas víctimas de la violencia,  
con un recuerdo especial para las mujeres violadas,  
a las que dedico este libro.*



# Capítulo 1

Hoy, la profesora habló en el colegio de las distintas clases de familia.

A la mía la denominó “homoparental”; dijo que la formaban un solo padre o madre en unión de sus hijos.

Desde luego ese es mi caso, yo soy hija de soltera y vivo con mi madre, las dos solas, en una casa pequeña del pueblo de Calatrava, en la provincia de Jaén.

Ya de pequeña comencé a sufrir las burlas de otros niños en referencia a no tener padre, si bien debería haber sido a no conocerlo, porque padre imagino que tendré uno, aunque sea un cobarde desalmado que no quiso en su momento responsabilizarse con la consecuencia de sus actos, dejándonos solas en la vida. ¡Puñetero desgraciado!

Mi madre me decía que cuando se metiesen conmigo los otros niños les insultase con las palabras que más les pudiesen doler, a la vez que cogiese las piedras más gordas que encontrara y se las tirase a la cabeza.

Desde luego aquello resultó de tal manera efectivo, que pronto aprendí a hacerme respetar. Supe desde bien temprano que a través de la violencia se consiguen muchas cosas, entre otras, evitar que nadie abuse de ti y obligar a que te tomen en serio.

Como dije, el pueblo se llama Calatrava y no llega a los mil habitantes. Allí, si exceptuamos a los propietarios de un par de tiendas de comestibles y a cuatro bares, el resto vivimos todos de la agricultura, principalmente del olivo.

Mis manos, ahora que acabo de cumplir veinticinco años, tienen una piel blanca y tersa que llama la atención, pero desde que tuve uso de razón hasta los veinte, en que me coloqué a trabajar en Jaén capital, no tuve más remedio que simultanear la escuela con el campo.

Siempre recuerdo las vacaciones de navidad arrodillada debajo de los olivos cogiendo aceituna con las manos llenas de sabañones. En Semana Santa, rotulando y abonando las tierras preparándolas para la sementera y, en el verano, segando los garbanzos ya granados, trillando los trigos, aventando la paja y recogiendo el algodón.

Sólo con pensarlo me pongo enferma, al recordar el frío polar que pasé en aquellas madrugadas de diciembre o el abrasador calor de julio y agosto. Sin embargo hay una cosa aprendida en aquel ambiente rústico por la que hoy doy la vida y que me impide maldecir el infortunio de esos años: “La copla”.

Por las mañanas, de camino al tajo, siempre había algún hombre subido a lomos de un mulo, tatareando a media voz alguna canción. Otros, solían cantar mientras vareaban las aceitunas, quemaban el ramón de los olivos o hacían cualquier otra faena agrícola, pero por lo general siempre en solitario. Por el contrario nosotras, las mujeres, en nuestras idas y venidas del campo solíamos hacerlo en grupo y, casi siempre, cantábamos temas festivos que nos alegraban y levantaban el ánimo.

Aquel jueves fatídico fue el día de San José de Calasanz, patrón de los maestros de escuela y, por consiguiente, no tuve clase.

Mi madre antes de irse a trabajar me dejó preparado el potaje de garbanzos, de manera que yo solo tuviese que calentarlo. De

seguro que estaría bueno, le había echado un poco de bacalao, verduras e hinojos, a mí me gustaba más que cuando lo hacía con tocino y morcilla de cerdo.

Mi vecino Juan ese día regresó pronto del campo, la mula torda estaba atada a la reja de la ventana de su casa con el serón todavía puesto. A juzgar por el sudor reciente en el pescuezo del animal, hacía poco tiempo que debía haber llegado. La puerta de su casa cerrada me hizo suponer que vino sudoroso y se fue al bar de Moisés, a tomar unas cervezas o unos vasos de vino, como habitualmente solía hacer. Su esposa ese día tuvo que marchar a cuidar a su madre, una mujer que aunque no era de edad avanzada, a menudo estaba achacosa.

Terminé de comer y estaba fregando los platos cuando llamó a mi puerta, me dijo que su cabra, de nombre Blanki, acababa de parir un choto precioso y que fuese a verlo. No lo dudé un instante, tanto él como su esposa siempre habían sido amables y atentos para con mi madre y conmigo, así que entré en su casa detrás de él.

Atravesamos el zaguán y un pasillo que tenía dos habitaciones, una a cada lado, accediendo a la cocina-comedor, desde donde abrió la vieja puerta de madera que comunica con un patio flanqueado por dos tendejones, el de la izquierda tenía una pileta que su esposa usaba de lavadero y, el de la derecha, hacía las funciones de cuadra del mulo y de la cabra.

Tardé poco en descubrir sus verdaderas intenciones. Comenzó por decirme de forma atropellada que yo era la niña más guapa del pueblo y, desde hacía unos años atrás, le estaba volviendo loco. Me preguntó si ya algún chico me había besado, respondiendo yo que no. Aquella inocente contestación de mi parte, pareció actuar en su cuerpo como un revulsivo que le excitase aún más.

A pesar de mi corta edad, trece años, de inmediato me percaté de lo anómalo de la situación intentando, a toda costa, regresar

a mi casa, pero él me lo impidió cogiéndome por el brazo. Se acercó a mí, olía a vino, me dijo que no me preocupase porque iba a saber lo que era el cielo, pero me estaba mintiendo, fue el infierno en toda su crudeza lo que ese día me mostró.

Unos brazados de paja depositados en una esquina de la cuadra sirvieron de improvisado colchón. Estaba aterrorizada, veía a aquel hombre fuera de sí, en sus rojizos ojos las pupilas brillaban con una extraña y diabólica luz. La fuerza de sus brazos era una inmensa losa contra la que yo nada podía hacer. Sus rudas manos, de manera violenta, me apretaban las nalgas y los pechos despojándome de la falda y las bragas, a la vez que masculaba toda suerte de obscenidades. Tras romper los botones, abrió mi camisa y me subió el sujetador a la altura del cuello, dejando a la vista mis adolescentes senos que besaba y lamía con la fruición de un poseso. A veces su pestilente boca ascendía hasta mi cara en busca de mis esquivos labios que, en vano, suplicaban compasión. Tumbada boca arriba lloraba a borbotones, impidiendo las lágrimas que me taponaban la garganta que mis gritos de auxilio trascendieran de aquel antro.

Sentí como mi cuerpo era vilmente profanado. Mis carnes, a la fuerza separadas, se retorcían a causa del dolor deseando en esos momentos como el menor de los males, la muerte. Mis ojos quedaron mirando fijamente un punto de luz entre las tablas del techo de aquel cabañal, producido por el deslizamiento de una de las tejas. Aunque parezca absurdo aquel rayo de luz me ayudó a mitigar un poco la agonía de aquellos minutos.

“Como le digas algo a tu madre de lo que aquí hoy ha pasado os mato a las dos” y, para apostillar su amenaza, cruzó los dedos pulgar e índice de su mano derecha llevándolos a la boca y besándolos con unos labios tensos de odio.

Jadeante y sudoroso salió de la cuadra y entró en el interior de la vivienda, probablemente en su habitación. Me recompuse como mejor pude y escapé de ese lugar despacio, muy despacio;



aunque quería no podía correr, el dolor en mi vientre y en mi sexo era tan intenso, que a duras penas podía sostenerme en pie. En sólo unos minutos se había consumado la violación. Aquel acto infame iba a condicionar el resto de mi vida.

Mi madre llegó sobre las siete de la tarde y me encontré metida en la cama, no tuve que esforzarme mucho para hacerle creer que estaba enferma, la palidez de la piel de mi cara y unas acusadas ojeras fueron mis mejores aliados.

En el transcurso de los tres días siguientes permanecí en cama, no tanto porque mi magullado cuerpo precisara reconfortarse con algún remedio casero, que así era al caso, sino porque mi espíritu estaba de tal manera abatido que, por más que lo intentaba, no encontraba para él consuelo.

Afortunadamente no tenía dinero ni para un médico, así que le hice creer con facilidad que era un proceso gripal, que antes o después acabaría curando. Si me hubiese atendido un profesional de la medicina se habría dado cuenta, al momento, de la farsa.

Tenía miedo de que a mi madre le pudiese, por mi culpa, ocurrir algo malo. Desde luego, si ese hombre fue capaz de violarme de una forma salvaje sin el menor asomo de culpabilidad por su parte, de seguro que para ocultar su delito bien podría intentar matarnos, no sería el primer caso, ni sería el último que se pudiera dar en situaciones similares.

A partir de ese día hubo un antes y un después en mi vida. El pánico presidía todos mis actos, cualquier ruido en la calle, un golpe seco de la puerta o la ventana producido por una corriente de aire, los mismos gritos de los chiquillos jugando, todo me asustaba. Paralelo a mis miedos y, a medida que cumplía años, aumentaba mi odio y animadversión contra el género masculino.

Los que me conocen dicen que soy una mujer muy guapa y, por tanto, no debería tener ningún problema para cautivar a los

hombres. En efecto, esto fue así al comienzo de mi adolescencia, cuando los chicos de mi edad se interesaban vivamente en salir conmigo, pero mis desplantes al interés que ellos mostraban eran tan desproporcionados que pronto se corrió la voz por toda la mocedad del pueblo de que seguramente estaba medio loca. El recuerdo de mi violación siempre estaba presente en mis pensamientos, actuando como un muro infranqueable para ellos. Dejaron de molestarme y, yo dejé que mi vida se convirtiese en una permanente rutina día tras día.

La copla era mi bálsamo. Todos los días a las ocho en punto de la tarde conectaba la radio para escuchar durante una hora totalmente embelesada los cantes profundos del flamenco de Farina, Camarón, Juanito Valderrama y tantos otros maestros excepcionales. Las letras de sus canciones me hablaban de sufrimiento, de pobreza, de abusos de poder, de corazones rotos por males de amor. Los quejidos de sus gargantas y los sonidos de las cuerdas de las guitarras estremecían todas las fibras de mi ser y me ponían el bello de punta, si no acababa llorando.

La segunda media hora del programa lo dedicaban íntegro a la copla española. Manuel Quiroga, Antonio Quintero, Ramón Perelló (más conocido como el letrista rojo de la Unión) y Rafael de León eran, entre otros, los autores de más fama del momento. Canciones como *La Lirio*, *Ojos Verdes*, *María de la O*, *Mi Jaca*, *La Bien Pagá*, *Y Sin Embargo Te Quiero*, puestas en boca de Imperio Argentina, Concha Piquer, Lola Flores, Juanita Reina, Marifé de Triana o Rocío Jurado, hacían que el mundo entero cupiese en mi habitación. Casi sin darme cuenta llegué a conocer a todos los cantantes famosos, aprendiendo a interpretar la mayoría de los temas flamencos, incluida “la copla” por la que sentía verdadera pasión.

Mi habitual carácter reservado, cuando me ponía a cantar se transformaba como de la noche al día. Lo que decían aquellas

letras, por lo general tristes, yo las sentía en lo más profundo de mi corazón. Mi personalidad que, con el transcurso del tiempo, se había vuelto desconfiada y fría, de la mano de estas canciones se abría de par en par al sentimiento del amor, al calor de la pasión, al despertar de un alma dormida. Los que me escuchaban decían que tenía “duende”.

La casa de mis abuelos y la presencia en ella a menudo de mis tíos y primos, fueron mi primer público y escenario. Al final de estas comidas familiares siempre me pedían que cantase, a lo que yo accedía gustosa.

Mi carácter retraído y asustadizo siempre les preocupó, así que seguramente esta era una de las razones por las que me animaban a ampliar mis horizontes.

Me decían que debería probar suerte a encontrar trabajo en la capital, Calatrava era un pueblo que me estaba quedando pequeño y allí siempre sería una incomprendida. ¿Quién sabe, comentaba mi abuelo en plan socarrón, si hasta algún día te puedan contratar para cantar en el teatro?

Les hice caso, recién cumplidos veinte años me coloqué a trabajar en una cafetería de la estación de autobuses de Jaén. La marcha del pueblo fue dolorosa, sobre todo porque sentía dejar a mi madre sola, sin embargo comprendí que de seguir por más tiempo viviendo allí puerta con puerta con Juan, mi violador, acabaría volviéndome loca.

El trabajo se me daba bien. Para mí, acostumbrada a la dureza del campo y a los rigores del clima al aire libre, esto eran casi unas vacaciones. Aprendí a preparar pinchos, comidas y, sobre todo cafés, al ser la estación de autobuses un lugar de tránsito de personas que llegaban o marchaban de viaje.

La habitual agitación del ir y venir de gentes se remansaba por las tardes, principalmente en las sobremesas de tres a cinco. En ese espacio de tiempo nuestros principales clientes eran los taxistas que tenían la parada a la salida misma de la estación.

Procuraba pasar desapercibida, casi siempre vestía de vaqueros y camisa cerrada hasta el penúltimo botón, no quería dar la imagen de frívola, como tenía visto a las camareras de cafeterías de carretera en las películas americanas; incluso a menudo me tapaba con un pañuelo la cabeza ocultando parte de mi hermoso pelo.

Durante los tres primeros meses todo fue bien, aunque el contraste de la ciudad con el pueblo era notable, me adapté pronto. Jaén no deja de ser una capital de provincia pequeña en la que al poco de estar en ella nada te es ya desconocido; sin embargo, es lo suficientemente grande como para producir la sensación de libertad e intimidad que da el anonimato.

Todo fue inútil, aquel hombre se encaprichó conmigo y a todas horas estaba pegado como una lapa a la barra del bar, no había vez que por casualidad mirase en su dirección, que no me encontrase con su lujuriosa mirada. Amancio, que así se llamaba, me hacía sentir incómoda, tenía la sensación de que estaba de continuo desnudándome mentalmente.

El taxi, parado la mayor parte del tiempo por su falta de interés, le daba pocos beneficios, ¡quizás! los suficientes para sufragar sus vicios e ir pagando la letra del coche. Por lo demás, vivía con su madre, viuda, una mujer de setenta años que le suministraba comida, ropa y alojamiento, sin coste añadido para él.

Su capricho por mí era “vox Pópuli”. Los compañeros le gastaban bromas maliciosas infundiéndole celos, al decirle que yo miraba mucho a tal o cual cliente, que me habían visto en mi día libre paseando por la alameda en compañía de un hombre guapo, etc. Por el contrario, en otras ocasiones, daban alas a su fantasía insinuándole que yo estaba loca por él. Le decían que si no se había dado cuenta como de reojo le miraba al pasar a su lado, poniéndome nerviosa, acalorada y no sé cuantas tonterías más.

El muy imbécil se lo creía todo, de tal manera que en alguna ocasión se atrevió a cogerme las manos al devolverle el cambio del abono de la consumición. Mi piel se tensaba como el cable de un equilibrista y el vello se me ponía de punta con aquellos contactos. Quería disimular de cara al patrón y al resto de clientes, pero era superior a mis fuerzas. Daba al instante un respingo para atrás y le lanzaba una mirada tan firme y seca que quedaba electrizado, lo más que se atrevía a balbucear era que no me lo tomase así, porque al fin y al cabo no me iba a comer.

Sabía cuales eran mis días libres y rondaba alrededor de mi domicilio como un perro sabueso en plena cacería. Al principio se hacía disimuladamente el encontradizo, pero poco a poco dejaron de importarle las apariencias y aparcaba el taxi al lado de mi portal, consiguiendo que los días libres de trabajo fuesen para mí una pesadilla, a la vez que una cárcel, pues al final optaba por quedarme encerrada en mi domicilio.

Aquel viernes acabé un poco más tarde de lo habitual, el propietario de la cafetería estaba en cama enfermo de gripe y tuve que duplicarme para poder realizar todas las tareas. Al final de la jornada hice caja y recogí el importe de la recaudación para llevármelo a mi casa por miedo a que entrasen a robar en el establecimiento, pudiendo yo tener problemas en el trabajo si llegase a faltar el dinero.

Hacía cinco minutos que marchó el último autobús y mi domicilio para ir a pie estaba lejos, sólo me quedaba la opción de coger un taxi. La fatalidad se alió conmigo aquella noche, el único que estaba en la parada era el de Amancio, mi acosador.

Le faltó tiempo en cuanto me vio para salir del vehículo y ofrecerse para llevarme. Al principio dudé unos instantes, pero como no veía otra solución acepté, no sin antes insistir en que le abonaría la carrera como cualquier otro cliente.

Durante el trayecto todo transcurrió con normalidad, la conversación versaba de manera breve sobre temas dispares y Amancio era correcto en su comportamiento. Al llegar, estacionó el taxi a unos diez metros antes del portal de mi domicilio, a aquellas horas lo que sobraban eran aparcamientos libres.

Intenté por todos los medios abonarle el importe del trayecto. Todos mis esfuerzos resultaron vanos, así que no tuve más remedio que darle las gracias y permitirle que me acompañase hasta el portal. Intenté ser amable, le volví a agradecer el detalle de traerme y, con una forzada sonrisa, le dí las buenas noches.

Subo las escaleras a pie, aunque en el inmueble hay ascensor, yo nunca lo cojo, ya que vivo en un primero. Meto la llave en la cerradura, abro la puerta y entro en el piso. Cuando me giro para cerrarla, le veo delante de mí con una bobalicona sonrisa diciéndome que lo menos que puedo hacer es invitarle a tomar un café. Sin esperar mi aprobación, que por supuesto iba a ser negativa, cruzó el hall del piso y se sentó en el sillón del salón.

Me faltaba el aliento al comprobar con estupefacción la rapidez de los acontecimientos y mi impotencia para impedirlos. Atolondrada y nerviosa me dirigí hacia la cocina para dejar el bolso en la encimera y darme un poco de tiempo en pensar cómo iba a afrontar la situación.

Opté por una actitud de firmeza, es verdad que él había sido amable al no querer cobrarme la carrera del taxi, pero también no era menos cierto que aquello había tenido todas las muestras de una imposición, ya que yo no quería que fuese así. Si aquel hombre me hacía sentir violenta cuando estaba rodeada de personas a mi alrededor, cuanto más ahora que estaba sola en su presencia.

De ninguna de las maneras le iba a permitir quedarse allí, en mi casa, ni aún siquiera para tomar un café que, por otra parte, sólo me sonaba a excusa.

Me dirigí directamente a Amancio y, con la mano extendida, le señalé la puerta de salida que todavía estaba abierta. Le pedí por favor que se marchase, ya que estaba a punto de llegar una prima del pueblo que estudiaba en la ciudad y compartía piso conmigo.

—¿Qué pensará mi prima de mí —le dije— si encuentra a un hombre a estas horas de la noche aquí?

Lo de la prima que compartía el piso conmigo era cierto, pero no el que fuese a venir aquella noche, pues había marchado al pueblo a pasar el fin de semana.

—Estás perdiendo el tiempo —me respondió ufano— si me hubieras puesto lo que te pedí, ya lo habría tomado y ahora mismo estaría camino de la calle.

Su actitud era tan decidida en aquel momento, que me desconcertó. ¡Quizás! fuese lo mejor darle rápido lo que exigía y que se largase con viento fresco, no tendría ni que hacer el café, había un poco sobrante en la cafetera del desayuno de por la mañana.

¡Parece mentira que después de lo que la vida me había enseñado, no fuese capaz de discernir las intenciones de este hombre!

Incauta, cerré la puerta de la calle que estaba abierta y me dirigí a la cocina. Los infrarrojos de la vitrocerámica puestos en su máxima potencia pronto hicieron hervir el líquido. Iba a verterlo en la taza cuando siento por detrás de mi cuello su aliento y, en mi cintura, sus manos.

—Hoy, tú y yo, vamos a hacer algo más que tomar café —me dice temblándole la voz de emoción.

Me giro tan rápido como pudiese hacerlo un resorte eléctrico y, sin darme siquiera tiempo a empujarlo hacia atrás, su mano derecha estaba posada en mis entrepiernas agarrando mi sexo. El venenoso aliento que emanaba de su boca, la respiración entrecortada y los ojos con aquel brillo tan especial que nunca

conseguí olvidar, me recordaban a mi vecino Juan. En aquel mismo instante me percaté del peligro que me acechaba y mis piernas, hasta ese momento firmes, comenzaron a temblar.

No estaba dispuesta en pasar a mis veinticinco años, otra vez, por el infierno que soporté a los trece. Tenía que ser inteligente y actuar con sutileza. No podía reaccionar a su asquerosa acción con dureza, me arriesgaba a que me respondiese con más violencia y que las consecuencias fuesen fatales.

Con un esbozo de sonrisa, lo máximo que en aquel momento pude hacer, le puse las manos sobre los hombros haciendo hacia atrás una calculada tensión, a la vez que con voz sumisa le pedía que se sentase para tomar el café. Le prometí que después saldríamos los dos juntos a dar una vuelta y ya veríamos como acababa la noche.

Aquello pareció tranquilizarlo, era la primera vez que no le rechazaba de manera frontal y que le hablaba con delicadeza. Seguramente se preguntaba si su insistencia en aquella relación estaría al final dando resultados positivos.

Logré sentarlo en el sofá del comedor, consiguiendo de esta manera unos minutos de tiempo añadidos, sin embargo, de no pensar algo rápido, de no idear alguna estratagema eficaz, me vería en serios apuros. Sin saber qué hacer me dirigí hacia el aparador del salón con la intención de coger una taza de café del juego de porcelana que allí guardaba y, fue cuando vi la caja recién comprada de pastillas para dormir.

Desde aquel tenebroso día de San José de Calasanz en el que fui violada, a duras penas conseguía pegar ojo por las noches, a no ser con la ayuda de somníferos de los que, al final, ya me había hecho una adicta.

De manera disimulada cogí la caja, la llevé para la cocina y machaqué quince de aquellos ansiolíticos y tres pastillas de válium con un rodillo de madera. Los vertí en el café negro y les añadí azúcar para disimular cualquier olor extraño.



Se lo ofrecí, y lo bebió rápido de dos o tres sorbos, con prisa de cumplimentar aquel trámite y poder continuar con su cortejo.

Logré convencerlo para salir a bailar a una discoteca de moda situada en la avenida dedicada al famoso alcalde Pascual Morcillo, junto al estadio de fútbol.

Ya en la calle me entretuve con él charlando en el interior del taxi esperando que los somníferos hiciesen efecto y cuando noté que comenzaba a pasarse la mano por los ojos le propuse ir con el vehículo a un solar grande, cercano a mi domicilio, que estaba en los inicios de la construcción de un bloque de pisos y garajes. Allí hablaremos con más tranquilidad, le dije, cogiéndole su mano izquierda mientras le miraba con unos destellos de falsas promesas.

No sospechó nada, arrancó el motor y en unos minutos estábamos en una esquina oscura de aquel lugar.

Sus reflejos eran torpes, la coordinación de sus movimientos mala, pero aún así todavía tuve que soportar su babeo en mi cara durante unos cinco minutos más. Al final cayó en un profundo sopor y, para asegurarme del efecto de los medicamentos, lo zarandeé con fuerza de izquierda a derecha, comprobando que se encontraba profundamente dormido.

Para mi futura desgracia, en esos momentos mi mente se encontraba obnubilada a causa de un miedo insuperable hacia Amancio. Pensé que, de no actuar como lo hice, corría peligro de perder la vida a manos de aquel psicópata. ¡Quizás! el miedo a tener que soportar de nuevo el suplicio de otra violación pudo influir en mi decisión, el caso es que, tanto por ignorancia, como por asegurar el resultado de mi acción, le suministré una sobredosis mortal ignorando que con ello le condenaba a muerte. Erróneamente creí que el efecto sería de lo más parecido a una borrachera y que, tras unas horas de sueño, se despertaría lúcido para ir al trabajo.

Cuando vi que entraba en un profundo sopor me bajé del taxi, no sin antes bajar el respaldo de su asiento y asegurarme de que quedaba confortablemente instalado. Al día siguiente, pensé, cuando le viese por la cafetería le recriminaría con dureza el comportamiento de esa noche, le amenazaría con acudir a la policía y, de persistir en el acoso a mi persona, llevaría a efecto la denuncia.

La agradable temperatura en torno a los diecisiete grados, así como aquella noche clara, iluminada por la luna llena, invitaban a pasear. Marché despacio, sin prisa, saboreando en silencio la tímida humedad que a esas horas comenzaba a hacer acto de presencia en toda la ciudad, haciéndose más visible en los tejados de las casas y en los techos de los coches aparcados en las aceras.

Una extraña sensación que no me dejaba dormir, se apoderó de mi cuerpo. El eléctrico cosquilleo que recorría mis piernas de abajo arriba me producía tales nervios que no me dejaban conciliar el sueño. Cada vez que estaba a punto de conseguirlo, el recuerdo de lo acaecido me sobresaltaba acelerando el ritmo de mi corazón de tal manera que me era fácil sentirlo sin necesidad de poner la mano encima de él.

Poco a poco intenté tranquilizarme, me decía a mí misma que no tuve otra opción, sin embargo, ahora con el paso del tiempo y, desgraciadamente tarde para arreglarlo, veo que fue el primer gran error de mi vida.